

DECLARACION DE ACUERDO DE LA CONSULTA  
CATOLICA/ORIENTAL ORTODOXA  
EN LOS ESTADOS UNIDOS  
«LA APOSTOLICIDAD COMO DON DE DIOS  
EN LA VIDA DE LA IGLESIA»

1. En el Credo confesamos que la Iglesia es «una, santa, católica y *apóstolica*». ¿Qué significa este término? La erudición moderna, reflejada en muchas declaraciones comunes y conjuntas del diálogo ecuménico, ha avanzado en la discusión de esta cuestión en varias áreas importantes. Por ejemplo, el estudio histórico-crítico de la Biblia ha llamado la atención sobre los modos en que la palabra *apóstolos* es utilizada en el Nuevo Testamento tanto para el papel distintivo de los Doce como para el lugar de Pedro en el Nuevo Testamento. Además los historiadores de la doctrina han llamado la atención sobre la importancia de la lucha contra el gnosticismo, en el siglo II, para el desarrollo del concepto de sucesión apostólica.

2. En 1985 la Consulta bilateral Católico-Ortodoxa de Norteamérica inició el estudio de la apostolicidad. Nuestros documentos y discusiones apuntaron las siguientes reflexiones que ofrecemos ahora especialmente con la esperanza de que ayuden al progreso

---

Original: 'Agreed Statement of the Eastern Orthodox/Roman Catholic Consultation in the United States: *Apostolicity as God's Gift in the Life of the Church*', *The Ecumenical Review* 39 (1987) 488-491. Traducción por la Dra. Rosa M.<sup>a</sup> Herrera García (Salamanca). Revisión, control teológico y edición por el Prof. A. González-Montes (Salamanca).

del trabajo de la Consulta internacional Ortodoxo-Católica y la mueva a avanzar en su propia discusión sobre la apostolicidad.

3. No es nuestra intención simplemente repetir o resumir los estudios eruditos más importantes sobre la apostolicidad, aunque a veces llamaremos la atención sobre los puntos suscitados en ellos. Antes bien deseamos examinar algunos otros aspectos de este tema, porque estamos convencidos de que, tanto Ortodoxos como Católicos, compartimos una percepción de la apostolicidad y de sus implicaciones para las estructuras eclesiales que, de alguna manera, nos ha unido incluso durante períodos de antagonismo mutuo. Al intentar articular esta percepción compartida, esperamos llevar nuestra propia discusión de la apostolicidad más allá de los puntos de acuerdo y convergencia ya logrados por otros en el diálogo ecuménico.

4. La erudición bíblica ha llamado nuestra atención sobre el hecho de que la comprensión del Nuevo Testamento de la apostolicidad no es tan unidimensional como nuestras dos tradiciones han parecido presumir algunas veces. Los diferentes acentos teológicos encontrados ahí –san Pablo reclama el título de apóstol, o la tendencia en Lucas y Hechos a identificar a los apóstoles con los Doce– sugieren que existe una continua necesidad de reflexión teológica sobre la apostolicidad, tarea a la que también estamos llamados hoy.

5. En el lenguaje bíblico los apóstoles son aquéllos que han sido enviados a realizar una tarea en nombre de otro. Están revestidos de autoridad y libertad para actuar con autenticidad en nombre de aquél que los envió. Los Apóstoles en el Nuevo Testamento dan testimonio de Cristo resucitado, quien les encargó explícitamente difundir el Evangelio de su resurrección al mundo y promover, en su nombre, la presencia activa y el poder del reino de Dios. Decimos que la Iglesia es apostólica sobre todo porque la Iglesia sigue realizando su misión en la historia, sigue estado autorizada por el Señor resucitado, mediante la continuidad de sus estructuras, como su representante legítimo.

6. Para Ortodoxos y Católicos, por tanto, que la Iglesia es apostólica no es simplemente una declaración de hecho, sino objeto de fe. El Credo dice: «Creo en la Iglesia, una, santa, católica y apostólica». Como el acontecimiento de Cristo, esta apostolicidad es un don de Dios de una vez para siempre; su contenido no es obra nuestra. Como los estudiosos de la Biblia han observado, los Apóstoles fueron únicos e irremplazables en su testimonio de la intervención decisiva de Dios en la historia humana. Al mismo tiempo, este don apostólico tiene una dimensión escatológica, en especial –aunque no exclusivamente– cuando los Doce son identificados como apóstoles. El apóstol aparece como una figura especialmente autorizada, no sólo en la fundación de la Iglesia, si-

no también como compañero del Cristo escatológico en el juicio del último día. Esta dimensión escatológica no significa sólo que la Iglesia, fundada sobre los Doce, alcanza su perfecta forma al final del plan de Dios para la historia. Significa también que la Iglesia participa ahora en la finalidad, la irrevocable plenitud, de la acción de Dios dentro de los cambios de la historia, precisamente porque los Doce han transmitido a la Iglesia su testimonio de la presencia del reino de Dios en el Señor resucitado y su papel como heraldos autorizados de su venida en la historia.

7. Estas dos dimensiones de la apostolicidad –la histórica y la escatológica– no pueden separarse, y ciertamente en nuestra experiencia vivida como Ortodoxos y Católicos se han mantenido siempre juntas. Sin duda, una de las características del don de Dios de la apostolicidad es que manifiesta los acontecimientos del *final* en el tiempo presente. Esto se ve claramente en el modelo de la Eucaristía, donde el Espíritu Santo trae la realidad del Cristo resucitado a la Iglesia; y es visible también en la tradición de la iconografía, que trae a la vida presente de la Iglesia el pasado histórico y el poder del mundo que viene. Así la apostolicidad no se reduce a una simple referencia al pasado, ni se refiere sólo a la realidad de un tiempo futuro. Significa que aquí y ahora la vida de la Iglesia –si bien expresada en una enseñanza autorizada, en juicio y disciplina, o en la Eucaristía misma– está siendo modelada, corregida y gobernada por lo que ha sido recibido del pasado y por lo que espera para el último día.

8. Frecuentemente hablamos de nuestra fe como apostólica acentuando en general que su contenido ha sido recibido de los Apóstoles. Esta comprensión de la fe apostólica adquirió una particular importancia en la lucha de la Iglesia contra el gnosticismo del siglo II, cuando esta comprensión llegó a ser descrita como un depósito dejado por los Apóstoles y transmitido con las comunidades fundadas por ellos. Pero nunca hubo necesidad alguna de comprender este depósito como un objeto inerte, transmitido de un modo puramente mecánico de generación en generación por los ministros debidamente autorizados; antes bien, sigue siendo una confesión viva. Vemos el paradigma de esto en la respuesta de Pedro a la pregunta de Cristo «¿quién dicen los hombres que soy yo?... ¿Quién dices tú que soy yo?» La fe apostólica de Pedro aparece no sólo en el contenido de esta confesión: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo», sino también en el acto verdadero de confesarlo.

9. Es primordial en el misterio de la iniciación cristiana que la apostolicidad sea experimentada continuamente, en la vida de la Iglesia y en la vida de cada cristiano. El hecho bautismal de recibir y devolver la confesión de fe de la Iglesia (*traditio/redditio*) marca toda entrada y apropiación cristianas de la vida y la fe

apostólicas de la Iglesia. En cuanto elemento central en la vida de toda la Iglesia y de cada cristiano, la apostolicidad por lo tanto no es un medio único o limitado al campo del ministerio jerárquico. De la misma manera que participamos (por el bautismo) en el sacerdocio real y profético, por esta confesión bautismal nos convertimos también en portadores de la apostolicidad de la Iglesia.

10. En nuestra consulta la atención se centró en al menos dos consecuencias que pueden seguirse de esta comprensión de la fe apostólica: a) La apostolicidad del ministerio es vista generalmente como derivada de la continuidad de la comunidad como un todo en la vida y la fe apostólicas: normalmente se está de acuerdo en que la sucesión de los ministerios tiene que subordinarse a la apostolicidad eclesial. b) La apostolicidad parece consistir más en la fidelidad a la proclamación y misión de los Apóstoles que en una forma de mantener el oficio en la comunidad. Estas observaciones nos alertan contra la reducción de la apostolicidad simplemente a formas y estructuras institucionales. Debemos también resistir toda tentación de localizar la apostolicidad en lo que es meramente individual o cae fuera de la naturaleza mediada de la economía divina; como ha sucedido y sucede aún, por ejemplo, en la llamada gnóstica a la experiencia inmediata. La apostolicidad es experimentada no en un aislamiento atemporal sino en la naturaleza social de la Iglesia como una comunidad de fe y en su continuidad y permanencia históricas; incluso en formas y modelos concretos dados una vez a la vida de la Iglesia por su relación con la civilización del mundo greco-romano.

11. En esta experiencia social e histórica de la Iglesia apostólica, ¿cómo concebimos nosotros, Ortodoxos y Católicos, estas estructuras que atestiguan y aseguran la unidad de las iglesias en su confesión apostólica? Aquí los historiadores han llamado la atención sobre ciertas diferencias de aproximación que pueden caracterizar a nuestras Iglesias. Nos sentimos incómodos con cualquier afirmación que polarizara demasiado las diferencias, como si en cada punto –incluso en aquellos sobre los que a primera vista debería parecer que estamos unidos–, estuviéramos de hecho divididos por mentalidades sin esperanza de reconciliación.

12. En las Iglesias orientales se ha puesto con frecuencia el acento en la apostolicidad de cada iglesia y, por ello, en su «petrinidad», y se ha dado cierto criticismo contra la Iglesia Católica por tender a localizar esas connotaciones en una sede particular. Por otra parte, la Iglesia Católica ha enfatizado fuertemente la necesidad de expresar la unidad de la fe apostólica de la Iglesia mediante estructuras y prácticas concretas, y ha criticado a las Iglesias orientales por perder la visión de esta necesidad. Estas diferencias de aproximación no deberían presentarse, no obstante, como evidencia de una oposición irreductible entre «Iglesia

local» e «Iglesia universal» Es éste un dilema artificial que surge, al menos en parte, cuando no queremos ver las mismas connotaciones presentes tanto en la Iglesia local como en la universal, aunque realizadas de diferentes modos. La imagen de Pedro dentro del colegio apostólico se refleja en la vida de cada iglesia local; se refleja también en la comunión visible de todas las iglesias locales. No existe una oposición intrínseca entre estas dos aproximaciones.

13. Al examinar la relación histórica de la Iglesia con la sociedad civil, los estudiosos han contrastado también un «principio de acomodación» en el Oeste con un «principio de apostolicidad» en el Oeste. Además en la época en que Oriente y Occidente estaban unidos en un solo Imperio Romano Cristiano, una aproximación no excluía necesariamente la otra, puesto que ambas apuntaban y aspiraban a la universalidad. Después de todo, fue la capital imperial la que prevaleció, la capital donde Pedro y Pablo, «los primeros entronizados de entre los Apóstoles, maestros de la *oikoumene*», dieron testimonio de la fe apostólica hasta la muerte (Tropario de la fiesta de san Pedro y san Pablo en el rito bizantino). Y en el Este, no fue el principio abstracto de conformidad con las estructuras civiles el que prevaleció, sino que más bien fueron utilizadas las estructuras concretas de un imperio universal para expresar la universalidad de la Iglesia. También son aquí instructivos los modos en los que se han desarrollado los temas de la diversidad en la unidad y la armonía ordenada en muchos tratados bizantinos sobre la pentarquía. Lo que se considera no es, de ningún modo, simplemente una unidad institucional, sino una unidad orgánica.

14. Estos puntos son ofrecidos con la esperanza de que clarifiquen y faciliten nuestra aproximación común no sólo a la cuestión de la apostolicidad, sino también a la cuestión del primado. Considerados juntos, nos invitan a tener una preocupación particular en nuestra utilización del lenguaje teológico. Al hacer o señalar las distinciones –como hicimos, por ejemplo, antes, al distinguir el contenido de la acción de la fe apostólica–, debemos resistir la tentación de dejarlas en un estado de oposición. A menos que los elementos diferenciados se vuelvan a combinar en su propia relación y proporción, la integridad de la realidad teológica subyacente se puede dar por perdida, quedando disfrazada la experiencia espiritual de esta realidad en nuestras dos tradiciones. No es necesario exigir que lo que puede caracterizar una tradición de un modo particular agote el contenido de esta tradición o, a su vez, pueda estar ausente de la otra tradición como una materia especial.

15. El estudio histórico de la apostolicidad nos invita asimismo a examinar cuidadosamente los modos en que está presente

en nuestras historias respectivas. Esto tiene una importancia particular cuando hablamos de la continuidad histórica que ambos reclamamos, como portadores de la fe apostólica; o cuando hacemos recuento de aquellos incidentes particulares en nuestra historia –por ejemplo, la controversia monoteleta en el siglo VII–, que puede reflejar diferentes comprensiones de la apostolicidad. En tales contextos podemos olvidar fácilmente las realizaciones de nuestra reflexión teológica común y volver de nuevo –consciente o inconscientemente– a algo que es menos que la plenitud de la verdad. No debemos ser demasiado ligeros al identificar este tipo de marcha hacia atrás con la intrépida confesión de la fe apostólica «a tiempo y a destiempo» que nos vincula como cristianos Ortodoxos y Católicos.

Boston, Masachusset, Estados Unidos  
XXXIII Encuentro, a 1 de noviembre de 1986